

ANALES DEL INSTITUTO  
DE  
ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo II



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS  
MADRID, 1967

## S U M A R I O

<b>EL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS</b>	<b>Páginas</b>
<b>Patronato. Junta Directiva</b> ...	9
<b>Miembros honorarios y numerarios</b> ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...	10
<b>Reglamento</b> ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...	11
<b>Actividades del Instituto durante el año 1966, por Francisco Arquero Soria</b> ... ... ...	17
<b>Apuntes para una futura bibliografía del Instituto (Continuación), por Mercedes Agulló y Cobo</b> ... ... ...	25

ESTUDIOS

La Dehesa de Amaniel o de la Villa, por Agustín Gómez Iglesias	33
Orígenes de la Archicofradía Sacramental de San Isidro e introducción a sus corridas de toros en los siglos XVIII y XIX, por Baltasar Cuartero y Huerta	83
Origen de San Sebastián de los Reyes y Torrejón de la Calzada, por Emilio Meneses García	99
Los castillos de Manzanares el Real y Buitrago, por Ángel Dotor	125
La Cofradía Sacramental en la tierra de Buitrago, desde el siglo XVI, por Matías Fernández García	137
Algunos aspectos del Madrid de Felipe II (Segunda parte), por José Antonio Martínez Bara	159
Dos manuscritos referentes a la historia de Madrid, por Francisco Aguilar Piñal	171
Noticias de impresores y libreros madrileños de los siglos XVI y XVII (Continuación), por Mercedes Agulló y Cobo	175
El Colegio de Doña María de Aragón y un retablo del Greco en Madrid, por Florentino Zamora Lucas	215
El Sotillo de Madrid, allende el río, por Federico Romero	241
Las Ferias de Madrid en la Literatura, por José Simón Díaz	249
Notas geográfico-históricas de pueblos de la actual provincia de Madrid en el siglo XVIII, por Fernando Jiménez de Gregorio	275
Un madrileño prefolklorista y un nuevo método de Música, por Nicolás Alvarez Solar-Quintes	291
El P. Feijoo y Madrid, por Antonio Castillo de Lucas	303

Páginas

Dos madrileñizados músicos del siglo XVIII: Luigi Boccherini y Gaetano Brunetti, por José Subirá ... ... ... ... ...	323
Dos vistas de Madrid en 1837, por Enrique Pardo Canallis ... ... ... ...	333
De Ricardo de la Vega a Tamayo y Baus (Dos madrileños y una carta, inédita, en verso), por Ramón Esquer Torres ... ... ... ...	339
El rey José I y las plazas de Santa Ana y de San Miguel, por José Antonio Martínez Bara ... ... ...	345
El teatro de Carlos Arniches, por Manfred Lentzen ... ...	357
La Gran Vía de José Antonio. Datos sobre su historia y construcciones, por José del Corral ... ...	369
Labor cultural bibliotecaria de la Diputación Provincial de Madrid, por M. <sup>o</sup> del Rosario Bienes Gómez-Aragón ... ...	391
Producción y eliminación de residuos urbanos en Madrid, por Jesús García Siso.	399
El «Centro de Estudios Sociales de la Santa Cruz del Valle de los Caídos», por M. B. V. ...	407

**MEMORIAS Y RECUERDOS**

La entrada en Madrid de un futuro Cronista de la Villa, por Francisco Serrano Anguita ...	413
---	-----

**SEMINARIO DE TOPOONIMIA URBANA**

Nota sobre la creación del Seminario ...	425
El disparadero disparatero del callejero madrileño, por Federico Carlos Sainz de Robles ...	427
Rotulación de calles y numeración de casas madrileñas (1750-1840), por Trinidad Moreno Valcárcel ...	439
El uso de los patronímicos en los nombres de las calles de Madrid, por Carmen Rubio Pardos ...	451
Juan Alvarez Gato y su calle, por M. <sup>o</sup> del Carmen Pescador del Hoyo ...	465

**MATERIALES DE TRABAJO**

Diálogos de Chindulza (Fragmentos sobre Madrid). Edición de Francisco Aguilar Piñal ...	483
Artículos y poesías de tema madrileño en revistas de los años 1830 a 1900, por José Simón Díaz ...	507
Nómina de escritores naturales de Madrid y su provincia (siglos XIX-XX), por Félix Herrero ...	541

\*\*\*

Relación de colaboradores ...	593
-------------------------------	-----

## EL P. FEIJOO Y MADRID

Por ANTONIO CASTILLO DE LUCAS

### El P. Feijoo, siempre es noticia.

Para los admiradores de la persona y la obra de Feijoo, no se precisa sea fecha conmemorativa; cualquier ocasión es propicia para la evocación, esto me recuerda el final del soneto que Rodríguez Marín dedicó a Cervantes, disculpándose no haberse alistado a la mesa en la asistencia a un centenario:

Mas, pues, le veo en fiesta tan galana,  
doile plácemes mil... y hasta otro día  
en que le encuentre solo: basta mañana.

De estas figuras preeminentes, unas son de recuerdo permanente, para ciertos profesionales o estamentos, por su labor en aquella rama del saber o del trabajo y sólo trascienden al gran público en las conmemoraciones de aniversarios; otras, como la del P. Feijoo, deben estar siempre presentes entre los estudiosos, sea la que fuere su actividad, ya que fue el polígrafo más erudito e importante del siglo XVIII, señalando el hito entre dos épocas: la precedente, empírica y rutinaria, y la que le sigue, del razonamiento y la experimentación; es decir, la científica. Marañón compara al P. Feijoo, por su gigantesca labor crítica constructiva de la cultura de su época y la lucha que hubo de sostener con los rutinarios y también con los excesivamente innovadores, a «un grande y socarrón San Cristóbal, que supo pasar en alto sobre el vacío de unos decenios de ignorancia, el tesoro de nuestro genio y de nuestra cultura; mientras los gozquecillos sempiternos le ladraban de una y otra orilla...»<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> MARAÑÓN, G.: *Ideas biológicas del P. Feijoo*. Varias ediciones. Edit. Espasa-Calpe. Consultada la primera edición. Madrid, 1934, pág. 309.

La bibliografía sobre el P. Feijoo es copiosísima, tanto de él como sobre él, inspirándose o estimulándose en sus obras<sup>2</sup>, <sup>3</sup><sup>4</sup>.

Desde su profesión en la Orden benedictina, no dejó de escribir, primero obras de Religión, Filosofía y Teología, ya que siempre fue profesor de los Seminarios de su Orden y maestro de novicios, luego como catedrático de la Universidad de Oviedo, todos estos cargos le obligaron —como dice Marañón— a enseñar, es decir, a aprender y además a escribir lecciones y ensayos de cuanto explicaba y discutía en las aulas, pues ésta fue, sin duda, la más fuerte vocación que tuvo el maestro, ya que por consagrarse a la enseñanza, renunció a los más altos cargos rectores de la Orden y aun de mitras que le ofrecieron en la Corte. Vamos por ello a limitarnos a las dos obras que le caracterizan como polígrafo de cuerpo entero, y que son trascendentales para la historia de la cultura española. El *Teatro Crítico* (ocho tomos) y *Las Cartas Eruditas* (cinco tomos), más uno de adiciones y correcciones.

La difusión de estas dos obras en el siglo XVIII fue extraordinaria, pues hasta se cuentan 14 ediciones de obras completas y cuatro de las adiciones; luego en el siglo XIX y en el actual se han reproducido las obras de Feijoo, pero no de un modo completo, y como más notables citaremos la colección Rivadeneira de la Biblioteca de Autores Españoles, que publica de Feijoo las obras escogidas por don Vicente de la Fuente; y en nuestro tiempo, la edición de Clásicos Castellanos de las obras de Feijoo, las seleccionadas por Agustín Millares. Justo es consignar que en el año 1964, con motivo del segundo centenario de la muerte de Feijoo, la Editorial Atlas se propone completar las obras de Feijoo en la colección Rivadeneira<sup>5</sup>.

Las traducciones, ya se iniciaron en el siglo XVIII y siguen realizándose.

Cualquier estudioso que repase el índice de materias que figuran en cada uno de los tomos del *Teatro Crítico* y *Cartas Eruditas*, en las ediciones del siglo XVIII, puede encontrar tema para una investigación, tal es el número y variedad de asuntos de que se ocupó el sabio benedictino, revisión temática que aún es más fácil si se consulta el inventario temático que publicó Joseph Santos<sup>6</sup>. Por esto decimos que el P. Feijoo siempre es noticia.

<sup>2</sup> PELAZ, CECILIO: *Contribución al estudio bibliográfico de P. B. Jerónimo Feijoo*, México, 1953. Tiene 426 fichas entre obras de Feijoo y sobre Feijoo. La bibliografía feijoniana se acrecentó mucho desde entonces y principalmente con motivo del segundo centenario de su muerte en 1964.

<sup>3</sup> Varios: *Ocho ensayos en torno a Feijoo*, Ateneo de Santander, Santander, 1965.

<sup>4</sup> FEIJOO MONTENEGRO: *Obras del P...*, tomo CXLI, Edics. Atlas, 1961. Biblioteca de Autores Españoles, Colección Rivadeneira. Se propone publicar esta editorial los trabajos no incluidos en los demás tomos. En éste figuran los que corresponden a los tomos primero, segundo y tercero del Teatro Crítico.

<sup>5</sup> SANTOS, JOSEPH: *Índice general alfabético de las cosas más notables que constan en la obra del P. Feijoo*, Madrid, 1774.

### **Las Sociedades Económicas. La Matritense, entre las primeras.**

Si todos estamos, individualmente, obligados a recordar al P. Feijoo para tener en cuenta su opinión sobre un problema cultural, más lo están las Sociedades Económicas de Amigos del País, ya que Feijoo inspiró la creación de estas Sociedades, que nada tenían de masónicas ni enciclopedistas, como al principio se las achacó, por su adhesión a su fundador, Carlos III, y a sus ministros, que las alentaron con el noble deseo de hacer resurgir a España, fomentar la cultura entre el pueblo, las bellas artes, la agricultura, la industria y el comercio, las Escuelas de Artes y Oficios, y cuanto representase el bienestar del país. La primera de estas Sociedades fue la Real Sociedad Económica Vascongada, en Vergara, fundada por el Conde de Peñaflorida, e inmediatamente después la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, en 1775, presidida por el Conde de Floridablanca, y en más de una ocasión honrándola con su presencia el propio Carlos III; las sesiones tuvieron lugar en el Ayuntamiento de la Villa, y como primer fruto fue la creación de 158 Sociedades en las principales provincias de España.

El Conde de Peñaflorida, fundador como hemos indicado de la primera Sociedad Económica, se inspiró en la lectura de las obras de Feijoo para crear estas entidades, que responden al lema que llevan en el sello particular concedido por S. M. Carlos III: «Socorre enseñando», que responde al ejemplo feijoniano de redimir al pueblo de la ignorancia, para no ser víctima de error y de la superstición. Uno de los elogios de Peñaflorida al sabio benedictino, dice así, en carta dirigida a una autoridad francesa<sup>5</sup>: «ha aparecido no obstante hace algunos años una obra excelente, sobre todo para un nación en la que las ciencias se hallan en su cuna, hablo del *Teatro Crítico* del reverendo P. Feijoo, benedictino, cuyo objeto es librar a la nación de todos esos falsos prejuicios».

A la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, debe Madrid obras culturales tan importantes como la fundación del Ateneo, por los trabajos de Presidentes tan activos como Olózaga y Alcalá Galiano, y la muy importantes de Mesonero Romanos<sup>6</sup> para el Monte de Piedad, con el Marqués de Pontejos, que contribuyó mucho a remediar la pobreza y evitar el fraude de prestamistas avaros, así como el estimular el ahorro en las clases humildes, impulsó la Escuela de Comercio y de Artes y Oficios y de otras actividades que luego han cobrado independencia, estando todavía vinculada la Escuela de Taquigrafía.

\* \* \*

<sup>5</sup> Cita 1, pág. 282.

<sup>6</sup> MESONERO ROMANOS, RAMÓN DE: *Manual de Madrid*, Madrid, 1833.

### **Estancia e impresiones de Madrid.**

Dos veces estuvo, de un modo cierto, el P. Feijoo en Madrid; él mismo lo refiere y confirma además el P. Sarmiento, su fiel colaborador en la Corte y religioso benedictino del monasterio de San Martín, donde se alojó Feijoo cuando vino a Madrid.

La primera fue en 1725, su objeto era preparar la impresión de su *Teatro Crítico* y antes de presentar los originales para las censuras, aprobación y elección de imprenta, entre las varias de la Corte.

Ajustó el trabajo con la de Lorenzo Francisco Mojados, y de sus prensas salió el primer tomo en 1726, cuando Feijoo cumplía los cincuenta años.

Todo es madrileño en este primer tomo; la dedicatoria al General de la Congregación de San Benito en España, firmada en el monasterio de San Martín de Madrid, el 25 de agosto de 1726. La censura de la Orden por Fr. Antonio Sarmiento, maestro general de su Religión, que constituye un elogio extraordinario para la obra y su autor, terminando por decir: «este libro es dignísimo de la prensa» ... «por lo mucho que instruye y edifica, este es mi sentir»..., San Martín de Madrid a 2 de julio de 1726; amplia y laudatoria es también la censura del P. Juan de Campo-Verde, catedrático de Teología, teólogo de S. M., que la firma en el Colegio Imperial de la Compañía de Jesús de Madrid —hoy Instituto Técnico de San Isidro—, y por último la aprobación del P. maestro Domingo de Losada, examinador sinodal y provincial franciscano, que la firma desde el Real Convento de nuestro P. San Francisco de Madrid, lugar histórico-religioso madrileño, ya que este convento ocupaba el terreno «fuera de la Puerta de Moros», en que en vida el seráfico San Francisco acampó en Madrid, edificándose como recuerdo después un gran convento, que tras la desamortización pasó a ser cuartel, todo él desaparecido actualmente, quedando de tan amplio solar el de la iglesia, que, totalmente reconstruida, constituye la basílica de San Francisco el Grande.

La otra fecha de estancia en Madrid del P. Feijoo fue en 1728. Para el doctor Marañón, fue motivada para desagraviar al Infante don Carlos —luego Carlos III—, de cierto enojo que pudiera tener S. A. por la crítica que hizo de algunos intelectuales, quedando el Infante tan satisfecho de sus explicaciones que, como sus antecesores, quiso en su día elevarle a cargos eclesiásticos de más categoría, reconociendo sus grandes méritos, lo cual siempre rechazó el sabio benedictino, para dedicarse a sus estudios en el convento de San Vicente de Oviedo.

En esta segunda estancia apareció el segundo tomo del *Teatro Crítico*, compuesto, esta vez, en la imprenta de Francisco del Hierro; quizás diera las úl-

timas órdenes para imprimirla. Del resto de la publicación de los demás tomos no se tiene noticia de su presencia, pues había confiado íntegramente la corrección de pruebas y cuanto fuera menester al P. Martín Sarmiento.

La impresión que le hizo Madrid no fue favorable, la refleja en sus obras, y muy concretamente en el tomo III de las *Cartas Eruditas*, titulando así a la XXVIII, «Ingrata habitación en la Corte».

En ella figura que contesta a un señor que le pregunta «¿por qué no fija su habitación en la Corte?», «tan fácil como sería para él si lo desease», ¡y tanto!, como que le insistieron el ministro Campomanes y el P. Sarmiento para aceptar la prelacia de San Martín en Madrid.

La respuesta no puede ser más lacónica y definitiva: «Quiero vivir en este retiro, porque quiero vivir...», y añadía esta anécdota: «Similis, que fue Prefecto del Pretorio en tiempo del Emperador Adriano... habiendo hecho voluntaria dimisión de aquella magistratura, se retiró a la Campaña, donde vivió siete años de persona privada; y viendo al fin de ellos acercársele la muerte, hizo este epitafio para que se lo pusiesen en el sepulcro: Aquí yace Similis, que murió de una edad muy larga, pero sólo vivió siete años...» Miraba aquel romano la vida áulica como un estado que más tiene de muerte que de vida, y del mismo modo la miro yo... «En el derecho civil, los esclavos son reputados por muertos... ¿y qué es la vida cortesana sino una mal disfrazada esclavitud? Compónense las Cortes de los que gobiernan y de los que pretenden. Y considero que hay una recíproca esclavitud de unos a otros. Los pretendientes son esclavos de los gobernantes, y los gobernantes de los pretendientes. Aquéllos porque ni aun de su propia respiración son dueños, debiendo acompañarla según supersticiosamente adivinan, sea más grata al ídolo que veneran; éstos, por más que los opriman, sofoquen y angustien las inopportunidades de los pretendientes, se ven por mil motivos precisados a suplirlos, como el más vil esclavo al más imperioso dueño. De suerte que parece una misma cadena, atando a unos con otros, ata a unos y a otros...; la diferencia es la calidad y así nos refiere la infeliz reina Zenovia "iba ceñida con cadena de oro y los demás solo de hierro"...»

Añade que, sin que él tuviese pretendientes de empleos, sí tendría preguntadores, dada la aceptación que lograron sus escritos, y «considerándome que podría satisfacer a todo género de dudas, lloverían sobre mí consultas a todo momento. Conque me vería precisado a estar al poste todo el día, ejerciendo un magisterio sumamente laborioso, sin sueldo alguno».

«De esto hice experiencia el año 28, que me detuve en Madrid un mes,

---

<sup>7</sup> RODRÍGUEZ MARÍN, FRANCISCO: *A la Real de España*, Madrid, 1942, pág. 421.

y todo él estuve sin intermisión, padeciendo esta impertinencia. Y era cosa de ver las cuestiones extrañas y ridículas que me proponían algunos. Uno, por ejemplo, dedicado a la historia, me preguntaba menudencias de la guerra de Troya, que ni Homero ni otro alguno antiguo escribió. Otro, encaprichado de la quiromancia, quería le dijese qué significaban las rayas de sus manos. Otro, que iba por la física, pretendía saber qué especies de cuerpos hay a la distancia de 30 leguas debajo de tierra. Otro, curioso en la historia natural, venía a inquirir en qué tierra se crían los mejores tomates del mundo. Otro, observador de sueños, quería le interpretase lo que había soñado tal o cual noche, etc... Si cuando no había dado a luz más que dos libros padecía esta molestia, ¿qué sería ahora cuando los libros se han multiplicado?; y ¿esto sería vivir?»

Añade otras razones para no agradarle la habitación en la Corte, «una de ellas muy odiosa, que es la lucha de las pasiones: la hipocresía, la trampa, el embuste, la adulación, la alevosía...» «Nadie podrá negarme que, donde concurre una multitud de pretendientes, concurre una copiosa turba de hipócritas..., él miente virtudes, y a él le mientes favores. El va a engañar con adulaciones, y a él le engaña con esperanzas... El poderoso hace esperar beneficios y el dependiente agradecimientos... De una y otra parte intervienen promesas vanas». Critica también en la Corte «las expresiones fingidas de amistad o cariño». Aquello se tomaba «por mera ceremonia»...; pues si esos requebros que nada sirven, «¿por qué no hablan unos hombres a otros como se deben hablar los hombres, y no como hablan los jovencitos o las damiselas?»

También criticó, acremente, al clima y al aire de Madrid, y en el tomo I, discurso VI, figura un extenso párrafo para explicar porqué cree que no es cierto que el clima sea bueno y el porqué haya malos olores.

«El temple de Madrid —dice— es muy aplaudido en toda España por razón de la pureza del ambiente, calificada con la pronta disipación de todos los malos olores, aun de los propios cadáveres; pues los de los perros y gatos dexados en las calles se desecan sin molestar a nadie por el hedor»; esta opinión no la comparte Feijoo, ni la de otros físicos, que creen que es útil la crasicie de estos vapores que despiden los animales domésticos insepultos porque sirven para templar la «nimia tenuidad del aire». Feijoo asegura que, por el contrario, es perjudicial, prueba de ello es que hay más enfermedades y que en el Principado de Asturias se hallarán «más que duplicado número de octogenarios, nonagenarios y centenarios que en Madrid».

La causa verdadera de ese mal olor que él experimentó, «se debe a la hediondez de los excrementos vertidos en las calles, la cual sofoca, entrapa

o embebe los hálitos que exhalan los cadáveres». Para nosotros esta crítica influyó mucho en el ánimo de Carlos III, pues dictó grandes y radicales medidas de higiene en la ciudad, que le han valido el calificativo de «que fue mejor Alcalde que Rey».

No todo le fue desagradable en Madrid, pues varias veces nos recordará su afecto al monasterio que le acogió con tanto cariño, queriéndole hacer prelado. En este monasterio de San Martín se administraban y vendían sus libros, en la Corte había un ambiente cultural que hubiera sido muy grato para Feijoo, y además unos amigos que tantas veces menciona en sus obras; mas a todo se sobrepuso, para volverse a su adoptiva tierra, *la morriña*.

Para nosotros, Feijoo, en Madrid, se sintió invadido por una profunda *morriña*, pues como buen gallego criado en Asturias, sentía la nostalgia de la tierra en que nació y vivió, esa dulce melancolía del recuerdo añorado de épocas felices, por lo que, despreciando no sólo Madrid, sino cargos episcopales en América y en España, todo lo postergaba ante la evocación de la estancia en su celda del convento de San Vicente en Oviedo, donde estudiaba, escribía y enseñaba —enseñar es aprender—, y donde no estaba tan aislado como se creía, pues su relación espiritual y por correspondencia le hicieron, ya en vida, universal.

#### El monasterio de San Martín.

Estaba situado frente a las Descalzas Reales, próximo al espacio en el que hoy se halla el Monte de Piedad.

La fachada principal —según Ponz<sup>8</sup>— era sencilla, y como más notable destacaba la estatua en mármol que representaba a San Martín a caballo, partiendo la capa con una espada para dársela a un pobre, que resultó ser Jesucristo, que quiso así probar su caridad en aquel crudísimo día en que le pidió limosna. Otra estatua notable había en la fachada del costado del templo dedicada a San Benito, debida al cincel de Manuel Pereira.

La fundación del primitivo monasterio la remontan los historiadores a los tiempos mozárabes, Alfonso VI al conquistar Madrid le concedió privilegio que aumentó Alfonso VII, para que el abad gobernase aquel arrabal e hiciera poblar el barrio, llegando a tener un centenar de calles y dos iglesias, que fueron anejos parroquiales puestas bajo la advocación de San Ildefonso y San Marcos<sup>9</sup>.

<sup>8</sup> PONZ, ANTONIO: *Viaje de España*, Imp. Ibarra, Madrid, 1777.

<sup>9</sup> MARTÍNEZ KLEYSER, LUIS: *Guía de Madrid para el año 1926*, Imp. Municipal, Madrid, 1926. Figura el plano de Texeira en parcelas numeradas.

En la historia de Madrid, figuran el monasterio y los frailes del mismo en numerosos sucesos notables de la Villa, destacamos la defensa a doña Berrenguela y a su hijo Fernando el Santo, del asedio de los Laras, y llegando uno de ellos a apoderarse del niño, y viéndose ya insuficientes los monjes, tocaron a arrebato las campanas del monasterio, acudiendo tropas y gente del campo que libraron a las regias personas. En la iglesia de este convento tuvo lugar el Consejo de Gobierno de los nobles para decidir el testamento de Juan II, padre de Isabel la Católica. Hecho histórico también, y éste muy probado, es el de que los cadáveres de los héroes del 2 de mayo de 1808, Daoiz y Velarde, estuvieron en este templo depositados, hasta su enterramiento.

También se debe a la ayuda del abad y los monjes del monasterio, la liberación del vecindario de aquellos barrios en dos grandes epidemias, y por sus medidas previsoras liberaron de una peste a todos los vecinos de una calle, a la que se dio, por este suceso, el nombre de La Salud, denominación que actualmente se conserva.

El templo se reformó totalmente en 1600, ampliándolo porque ya el antiguo era pequeño para la extensa feligresía; tenía muy buenas obras de arte, tallas de Pereira y de Alonso de los Ríos, así como una Magdalena de Pedro de Mena; pinturas de Claudio Coello, Carreño, Alonso Cano y del madrileño y religioso benedictino Juan Ricci <sup>10</sup>.

La biblioteca era una de las mejores de las comunidades religiosas de Madrid; según Ponz, poseía la biblioteca de don Francisco de Quevedo, muchos de cuyos libros tenían notas del gran Ingenio; a la muerte del P. Sarmiento, pasaron a esta biblioteca todos los libros, selectos y numerosos, que este sabio religioso tenía en su celda.

Muy notables eran también los sepulcros de este monasterio; unos por su riqueza, como el del contador mayor de Carlos V; otros por las figuras notables, cuyo descanso eterno representaban. Una lápida, no lujosa, adosada a la pared, correspondía al sepulcro de Jorge Juan, el famoso marino que tanta gloria dio a España en la difícil misión de medir el meridiano terrestre en el Perú y otras determinaciones matemáticas para conocer la figura y dimensiones de la Tierra, así como otras de carácter topográfico y diplomático de gran responsabilidad histórica, fue director del Observatorio Astronómico de Madrid. Más sencilla aún y colocada en el suelo estaba la lápida indicadora del lugar en que estaba enterrado el P. Sarmiento, al cual, por ser amigo del P. Feijoo, dedicaremos capítulo aparte.

---

<sup>10</sup> VELASCO ZAZO, ANTONIO: *Recintos sagrados de Madrid*, Imp. Municipal, Madrid, 1926.

La mayor riqueza que poseía el monasterio de San Martín era la famosa custodia de Juan de Arfe, que, como todas las obras de este famoso orfebre, era como la de la catedral de Toledo, un verdadero tratado de Teología y de Historia Sagrada —labrada en ricos metales— por la diversidad de estatuillas, símbolos y representaciones en sus pórticos y cuerpos de que se componía. Toda ella era de plata y salía públicamente en procesión en la Minerva del Corpus y por dentro del templo en los terceros domingos de mes, fecha que, para no olvidarla los feligreses, la recordarían con el famoso refrán castellano: «Del quince al veintiuno, no falla ninguno»<sup>11</sup>.

Este monasterio sufrió su primer saqueo por la invasión francesa, después por la exclaustración, terminando por ser derribado, como hemos indicado, por necesidades urbanas. La parroquia se trasladó al convento de los Basílios, y luego al de Portaceli en la calle del Desengaño, donde tras varias reformas del templo sigue en la actualidad, con algunos restos de su antigua grandeza en ornamentos y cuadros.

El nombre de monasterio de San Martín, en la portada de los libros del P. Feijoo, hará pervivir el recuerdo de tan antiguo e histórico convento madrileño, donde se alojaba en la Corte el sabio benedictino.

#### El ambiente cultural.

Madrid tuvo, en el siglo XVIII, un ambiente cultural muy superior al del siglo precedente. Prácticamente en el siglo XVII la dinastía de los Austrias fue declinando y terminó al morir el último vástago que fue Carlos II el Hechizado. En los primeros años del XVIII advino la Casa de Borbón, que nos trajo aires de renovación de la cultura de Europa y muy en particular de Francia; los tres monarcas del siglo, aumentaron poderosamente el ambiente cultural de la Corte. Felipe V creó la Real Academia de la Lengua en 1714; y con el nombre de Academia Médico-Matritense, en 1734, la que hoy se denomina Real Academia Nacional de Medicina; poco después, en 1738, se fundó la Academia de la Historia; reinando Fernando VI se inauguró la de Bellas Artes de San Fernando, y a la prudencia y protección de Carlos III se deben, entre otras grandes mejoras para Madrid, la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País.

El P. Feijoo conoció, cuando vino a Madrid, la vida activa de la Academia de la Lengua, y experimentó una gran satisfacción cuando pudo dar la noticia de la creación de la Academia de Medicina, como lo expresa en un

---

<sup>11</sup> En Montarrón (Guadalajara) oí la variante «no marra ninguno».

extenso párrafo del tomo VII, discurso 14, del *Teatro Crítico*, aplaudiendo el «insigne esfuerzo... de la reciente elección de la Academia Médico-Matritense, cuyos estatutos están ya aprobados por el Rey y Supremo Consejo de Castilla, después de obtenido el privilegio de S. M. que se expidió el día 13 de septiembre de 1734...; es su presidente el señor D. Joseph Cerví...» Nos cuenta las tres clases de académicos que la van a formar —número, ejercicio y de honor—, divididos en varias facultades que hoy diríamos especialidades de la medicina; termina diciendo: «Ya está descubierto el rumbo por donde se debe navegar a las Indias de tan notable Facultad, que es el de la observación y experiencia.»

En verdad que así respondió la Academia de Medicina, creando cátedras libres, laboratorios y enseñanzas prácticas que estimularon más la oficial del protomedicato; por ejemplo, las disecciones en los sótanos del Hospital General se hacían 12 veces al año, y la nueva Academia solicitó aumentar estas clases prácticas en todas las fechas libres adecuadas.

En las Academias, bien por selección, entre los cultivadores de la rama del saber a que estaba dedicada, o por voluntaria asociación, en las Academias libres profesionales o culturales, se discutían temas noblemente, para conocer la verdad de los problemas científicos o sociales, hasta ponerse de acuerdo, por convencimiento, mediante la documentación adecuada de los disertantes; esto no ocurría con la crítica despiadada e injuriosa que se publicaba en libelos más o menos enmascarados, no para convencer al impugnado, sino para desacreditarle; tal calvario sufrió el P. Feijoo, como puede verse en la extensa bibliografía parafeijoniana de disputas y controversias, tan excesivas que dio motivo, como nos cuenta Marañón<sup>12</sup>, de que el propio Rey prohibiera «que los canes de la maledicencia y de la envidia aullasen a los hombres que, por su obra desinteresada y patriótica, eran dignos del respeto de sus contemporáneos...» De ahí que, Feijoo, tantas veces insistiera en sus *Discursos* y *Cartas Eruditas*, sobre la necesidad de crear Sociedades científicas; lo cierto es que, entre sus apologías sobre el beneficio de estas asociaciones culturales y el clima histórico de renovación con la nueva dinastía de los Borbones, se favoreció la creación de las Reales Academias y las Sociedades Económicas de Amigos del País.

Consecuencia también de esta actividad cultural fue el aumento de las imprentas, librerías y bibliotecas de Madrid, según avanzaba el siglo XVIII.

---

<sup>12</sup> MARAÑÓN, G.: *Estado político social y médico de España en el año 1734*. Publicaciones conmemorativas del II Centenario de la Real Academia de Medicina. Madrid, 1964.

Basta para ello consultar el libro de Osorio Bernard<sup>13</sup> en su capítulo «Imprentas de Madrid en el siglo XVIII» y el *Catálogo de Libreros españoles*, de Rodríguez Moñino<sup>14</sup>, y en cuanto se refiere a la topografía matritense de las libreras en este siglo, debe consultarse el capítulo escrito por Cotarelo en la obra de Beltrán<sup>15</sup>.

Estos estudios nos son muy útiles para identificar las múltiples imprentas de Madrid, donde se han impreso las obras de Feijoo en dicho siglo.

Repasando los pies de imprenta de los ocho tomos del *Teatro Crítico*, el de *Adiciones* y los cinco de *Cartas Eruditas*, más los múltiples trabajos —pasan del millar— de estudios sobre Feijoo, réplicas a sus doctrinas y demás ensayos que motivaron la obra feijoniana en el siglo XVIII, nos encontraremos con que la inmensa mayoría de las imprentas trabajaron para Feijoo, o en torno a su obra. Bástenos decir que solamente en el tomo I registramos 13 ediciones citadas por Pelaz y una más por nosotros, de 1758, en biblioteca particular.

He aquí los pies de imprenta de este primer tomo:

Lorenzo Francisco Mojados, 1726.

Francisco del Hierro, 1729.

Viuda de Francisco del Hierro, 1732 y 33.

Herederos de Francisco del Hierro, 1737, 42, 43 y 49.

Imprenta Real de la Gaceta, 1745.

Joaquín Ibarra, 1749, 73 y 74.

Domingo Fernández Arrojo, 1758.

Blas Román, 1781.

Es curioso comprobar que ninguna imprenta trabajó en todos los tomos de las obras completas, sino en tomos sueltos, y a no ser que mediara tiempo entre uno y otro, así en la primera edición tenemos que el tomo I, como hemos indicado, se imprimió en casa de Lorenzo Francisco Mojadas en 1726; el II y III en la de Francisco del Hierro, 1728 y 1729; el IV y V en la viuda de Francisco del Hierro, 1730 y 33, y los tres restantes en la de sus herederos, 1734, 36 y 39. Igual ocurre con las *Cartas Eruditas*, en que los primeros tomos fueron impresos por los herederos de Francisco del Hierro y el último por Joaquín Ibarra cuando tenía la imprenta en la calle de las Urosas. Colecciones en Bibliotecas como la de la Real Academia Española la hemos visto de seis imprentas.

<sup>13</sup> OSORIO BERNARD, MANUEL: *Trabajos sobre la vida literaria, Imprentas de Madrid en el siglo XVIII*, Madrid, s/f.

<sup>14</sup> RODRÍGUEZ MOÑINO, ANTONIO: *Catálogo de libreros españoles*, Madrid, 1945.

<sup>15</sup> BELTRÁN, FRANCISCO: *El libro y el librero*. Madrid, 1931, pág. 219.

En muchos pies de imprenta hemos visto sus domicilios, por ejemplo, imprenta del Supremo Consejo de la Inquisición.—Oficina de Manuel Martín, calle de la Cruz, frente a la del Pozo.—Antonio Marín. Joaquín Ibarra, cuando se trasladó a la nueva imprenta de la calle de la Gorguera, y así de otras muchas; si acudimos a curiosear los pies de imprenta de los folletos parafesionados y los que el propio Feijoo escribió para defenderse de inicuas acusaciones contra sus *Cartas Eruditas*, como uno impreso por Antonio Pérez de Soto, calle de la Habada, frente a la Sombrerería Barrios del Carmen Calzado. 1749. Madrid.

La venta de libros de Feijoo debió ser muy copiosa a juzgar por tan crecido número de ediciones, y como las imprentas eran en general pequeñas y urgía la impresión, tuvieron los libreros que asociarse para comprar tipos de letras y material tipográfico, constituyéndose la Real Compañía de Impresores y Libreros, que a su costa, según figura en el pie de imprenta de muchas ediciones, hizo imprimir los distintos tomos de Feijoo en las varias imprentas de Madrid, y así poder dar abasto a las peticiones de libros en España y América.

En la citada obra de Beltrán, figuran como más acreditadas la librería de Esparza en la Puerta del Sol, frente a la fuente de la Mariblanca. Las diversas covachuelas de libros nuevos y viejos en las gradas de San Felipe el Real, y en la calle Mayor, frente a las gradas de este convento. Hasta nueve librerías había en la calle Carretas, ya a final de siglo, y una importante en la calle de Toledo, frente al Colegio Imperial. Otras cita en la Plazuela del Angel, Caños del Peral, Carrera de San Jerónimo, y como más famosa, la que había en la Plaza de la Leña, junto a la Aduana Vieja (hoy Plaza de Benavente), del impresor, editor y librero, Antonio Sancha.

Como bibliotecas más importantes, mencionaremos la Biblioteca Real, fundada por Felipe V en 1712, incrementada en 1719, al disponer el Rey que de cada impresión de libros se había de llevar un ejemplar a esta biblioteca. Carlos III la enriqueció con la adquisición de la numerosa y apreciable librería del Cardenal Azquino, que mandó comprar en Roma este monarca.

Bibliotecas notables eran las de muchos conventos, como la de la Compañía de Jesús en el Colegio Imperial —luego de la Facultad de Filosofía y Letras en el Instituto de San Isidro, y desaparecida durante la guerra civil en la Ciudad Universitaria.— La biblioteca del convento de San Martín, ya citada; la del de La Merced Calzada, donde estuvo Tirso de Molina, y cuyo solar constituye la Plaza que lleva el nombre de este glorioso fraile y literato español. San Felipe el Real, Trinitarios, etc.

Todo ello repetimos, constituía el ambiente cultural de Madrid en la época de Feijoo, que él hubiera podido aumentar, de haber venido a la Corte de Abad mitrado del monasterio de San Martín.

#### Las amistades en Madrid.

Muchas y variadas, fueron, seguramente, las amistades del P. Feijoo en la Corte, desde el Rey, los infantes y los ministros, unos personalmente, cuando vino a Madrid y todos por la admiración de sus obras, hasta los frailes de San Martín, como Hermanos de la Orden, muchos discípulos de Samos y de San Vicente, donde ejerció su magisterio, pasando por los múltiples intelectuales a través de una extensa relación epistolar.

Nosotros vamos a limitarnos a las amistades más representativas y estimadas: el P. Martín Sarmiento, su «cónsul en la Corte»; el Dr. Martín Martínez, su asesor científico y su apasionado lector; el P. Vallejo, administrador fiel y eficaz, y el Dr. Gaspar Casal, que le hubiera consolado en la «Saudade»...

a) *El P. Martín Sarmiento*. Lector de teología moral del Monasterio de San Martín, era también gallego y de edad aproximada a Feijoo; fue como dice Marañón<sup>16</sup> su complemento oscuro, ese hombre tan necesario para todo personaje importante, que «en la sombra le sirve y desembaraza cuando es menester; que le sostiene cuando decae; que en muchas ocasiones, le inspira». Sarmiento fue un prodigo de erudición, un observador agudo, un trabajador infatigable y leal que se consagró por completo a Feijoo. Corregía las pruebas de imprenta, distribuía los discursos en los distintos tomos, hacía las gestiones para la aprobación y censura de los libros, y por si fuera poco, se encargaba de proporcionarle tabaco y de la compra de lupas y lentes para sus ojos cansados. Feijoo agradecía estos favores enviándole regalos como lienzos de los admirables de Asturias. En una de las cartas decía: «Argüelles el viejo, luego irá por allá y llevará 52 varas de lienzo asturiano (que dura tres tanto tiempo que el de Galicia) para que V. Md. y el Visitador se hagan cada uno, cuatro camisas y otros tantos pares de calzoncillos...»

La celda de Sarmiento en el monasterio de San Martín, semejaba a la de Feijoo en el convento de Oviedo por la variedad de aparatos y abundancia de libros. El P. Pérez de Urbel<sup>17</sup> nos cuenta: «Su celda era una habitación amplia y modesta. De las paredes colgaban un crucifijo, dos cuadros del buen monje Ricci, uno del Españoletto, otros cuadros más pequeños, una cítara

<sup>16</sup> Cita I, cap. XIV.

<sup>17</sup> PÉREZ DE URBEL, FRAY JUSTO: *Semblanzas benedictinas. Monjes ilustres*, Madrid, 1926.

y una vihuela. Colocados en el suelo con bastante desorden, los baúles y estantes de los libros, cuatro mesas, tres papeleras, doce sillas viejas, un gran número de cacharros con plantas para sus experiencias de botánica, y toda una colección de objetos curiosos. Un peso para oro, una balanza, un astrolabio de bronce, un reloj de luz, un telescopio inglés de reflexión, un microscopio de ocho lentes, un cáliz de madera de albue, un cuerno de rinoceronte, 42 frasquitos de cristal...; en las mesas, muchas monedas antiguas, bien clasificadas, un breviario viejo, dos escritorios, etc. Su biblioteca contenía unos 8.000 volúmenes y era famosa en Madrid.» A su muerte pasó a la librería del monasterio.

Su carácter estrafalario y desigual, se parecía al desorden de su celda; no era amigo de la convivencia y en su manera de mirar y en sus gestos, expresaba una amortiguada tristeza de fracaso, dulce y sin rencor, que hoy diríamos complejo de inferioridad.

Dejó escritas muchas obras, la mayoría inéditas. 17 tomos de manuscritos reunió el Duque de Medina Sidonia, que hoy se conservan en la Biblioteca Nacional, mas lo importante para nuestro objeto es que consagró varios trabajos en defensa del P. Feijoo y como más importante el de *Demostración crítica apologética del Theatro crítico universal que dió a luz el P. Feijoo*, publicado en 1732, 2 tomos, esta obra quedó inconclusa, se proponía escribir varios tomos. Murió en 1772, a la edad de 77 años. Fue enterrado en el monasterio de San Martín. Una lápida sencilla en el suelo con el nombre había sobre su sepultura.

b) *El Dr. Tomás Martín Martínez*, nació, vivió y murió en Madrid (1684-1734). Marañón dice que no puede calificarse de vida malograda la de Martín Martínez, por haber muerto a los cincuenta años, pues fueron tan aprovechados que logró el ideal en sus obras, de defender la verdad, la ciencia y la enseñanza; por esta triple y noble ambición fue un gran amigo del P. Feijoo, pues éste estimaba tan excelsas cualidades de independencia y de oposición a la rutina en tantos otros intelectuales tan arraigada.

Cuando el P. Feijoo publicó el primer tomo del *Teatro Crítico* en 1726, llovieron sobre el benedictino censuras y controversias, y solo Martín Martínez, valientemente, salió el primero en su defensa, publicando un folleto cuyo título transcribimos: *Carta defensiva que sobre el primer tomo del Theatro crítico universal que dio a luz el Revmo. P. M. Fr. Benito Feijoo, le escribió su más aficionado amigo...* Madrid, Imprenta Real, 1726. Esta carta la reimprimió Feijoo en el tomo II de su *Teatro*, en la primera edición, añadiendo luego en la segunda un trabajo médico-filosófico de Martín Martínez titulado *Noches anatómicas*.

Martín Martínez fue el consejero científico de Feijoo, éste le consultaba todos los temas y aun en muchos tuvieron una noble controversia, por ejemplo en lo que se refería a purgar y sangrar a los enfermos, con tanta frecuencia y cantidad, a lo que el benedictino se oponía y luego la práctica lo ha confirmado. Otro gran motivo de afecto de Feijoo a Martínez, fue por el propósito de éste de reformar la enseñanza de la medicina, y además en la práctica médica ser manifiestamente antidogmático, como lo prueba en su célebre *Medicina Scéptica*.

Martín Martínez alcanzó los mayores títulos. Fue médico personal del Rey, examinador del Protomedicato, cirujano del Hospital General y catedrático de Anatomía. Su obra *Anatomía completa del hombre*, publicada en la imprenta de Benito Cano, es ciertamente elemental y no muy pródiga en láminas con relación a obras anatómicas precedentes, pero hemos de tener en cuenta que esta obra estaba dedicada a los escolares, y por eso, además de elemental, había de resultar, por su edición, económica. En su portada hay un curioso grabado que recuerda al de la anatomía de Vesalio. Representa el anfiteatro matritense, donde él está haciendo una disección en presencia de sus discípulos, al pie de la lámina figura esta leyenda:

Naturae ingenium difsecta cadávera pandum  
plus quam vita loquax mors taciturna docet.

Esta inscripción sigue figurando en la sala de autopsias del Hospital Provincial, y traducida libremente viene a decir: que la naturaleza ingeniosamente abierta —disecada— en el cadáver, enseña por la muerte silenciosa más que la vida locuaz.

Feijoo tuvo un hondo pesar con la desaparición de Martín Martínez, recíprocamente se estimaron y se comprendieron, para bien de la cultura de la época en sus discusiones y escritos <sup>18</sup>.

c) El P. Vallejo, era predicador en el monasterio de San Martín, pero no se tiene noticia de su labor literaria; el P. Feijoo le consideraba como un administrador fiel y eficaz, encargado de pagar a las imprentas y de cobrar los libros que se vendían en el propio convento de San Martín, según decían las portadas de muchas ediciones del *Teatro* y de las *Cartas*; también se encargaba, como es lógico, del depósito de los libros para su distribución en las varias librerías de la Corte; era, pues, un perfecto financiero que sólo escribía en el libro de caja.

<sup>18</sup> FEIJOO y MARTÍN MARTÍNEZ: *Controversias clásicas sobre la medicina*, Edics. Lab. Norte de España. Masnou, Barcelona, 1932.

El P. Feijoo, en repetidas cartas, que trascibe Marañón, alude a la confianza en este administrador: «los repetidos testimonios que tengo del celo y puntualidad con que manejas mis intereses en el despachos de mis libros, así como me hacen indispensable el rendirte muy cordiales agradecimientos por esta fineza, alientan al mismo tiempo mi confianza para duplicarte el trabajo, suplicándote cargues también con la intendencia de encuadernación...». En otras cartas habla de librazas y demás asuntos económicos.

Sorprende —sigue escribiendo Marañón<sup>10</sup>— el tono frío del pésame de Feijoo, cuando tuvo noticia de la muerte de Vallejo, dice así al P. Sarmiento: «Amigo y señor. La muerte del amigo Vallejo me es muy sensible, porque cierto le amaba tiernamente por su mucha bondad y honradez. Aquí además de las viruelas más infanticidas que Herodes, hay muchos tabardillos, de los cuales uno con grande edificación de todo el pueblo, llevó no sé dónde a un usurero, notorio y atroz, el cual con gran satisfacción dio principio a su testamento diciendo que no debía nada a nadie...» Como se ve por esta humorística forma de expresarse en una carta de pésame, el sentimiento por la muerte de Vallejo no fue muy impresionante, y es que la amistad administrativa y material no es como la íntima y espiritual, ésta es insustituible.

d) *Gaspar Casal*. Conoció Feijoo al Dr. Casal en Oviedo, y pronto se percató del mucho valer de aquel médico joven, por su espíritu de observación con los enfermos y la vocación por el estudio de la historia natural de la región, como medio de conocer el ambiente en que vivían las personas y comprender así sus enfermedades.

El Dr. Gaspar Casal era catalán, de Gerona, nacido hacia el 1679, se crió en tierras de Medinaceli de donde era su madre, estudió en la Universidad de Sigüenza el bachillerato en artes, facultándole para el ejercicio de la medicina, no como doctor, pues este alto título lo concedía la Universidad Mayor de Alcalá de Henares. Ejerció como médico rural en algunos pueblos alcarreños y más tiempo en Atienza, de aquí pasó a Madrid, desde donde, por razones de salud de su esposa, se trasladó a Oviedo.

En la capital de Asturias llegó a ser médico del Cabildo, y los enfermos, pobres y ricos, le seguían por todas partes, siendo estimado y respetado por los otros médicos, «que quedaban embelesados de su facundia hipocrática». Esta vida asturiana de Casal, llena de gloria, duró treinta y cuatro años. Asistía a las tertulias científicas del P. Feijoo en su celda del convento de San Vicente de Oviedo, dándole cuenta de sus estudios sobre la alimentación y la descripción del «Mal de la Rosa», que era una enfermedad caracterizada

---

<sup>10</sup> Cita 1, págs. 138-39.

por unas lesiones de la piel, localizadas en forma de collar y otras en el dorso de las manos, desnutrición, dolores y trastornos nerviosos; descubrió que la causa era la mala alimentación de estos enfermos, por ser monótona, indigesta y pobre, pues se reducía a la leche desnatada, porque vendían la mantequilla, a legumbres secas y pan de borona mal cocido, ya que la masa de harina de maíz, toscamente molida, la ponían a tostar sobre piedras calientes, con lo que, además de resultar incompleta, el agua residual fermentaba y oca-sionaba indigestiones y diarreas que aumentaban la desnutrición. Su único y eficaz tratamiento y como contraprueba era el de tomar la leche pura, legumbres frescas, frutas y el pan mejor elaborado. Las curaciones fueron asombrosas y la fama de Gaspar Casal aumentó muy merecidamente.

El P. Feijoo animó a Casal a publicar estos estudios, precisamente en latín, para que así fuesen difundidos por toda Europa, en esta lengua fue la primera edición, titulada la obra *Memorias de historia natural y médica de Asturias*. Se imprimió en Madrid en 1762, tres años después de haber fallecido su autor. Triste retraso, pues Gaspar Casal por su modestia y el deseo de pulirla más y más no se decidía a llevarla a la imprenta<sup>20</sup>.

Tan pronto se difundió la obra de Gaspar Casal por Europa, se identificó el «Mal de la Rosa» con la pelagra, que era muy frecuente, especialmente en Italia, pero no descubrieron la causa tan claramente como lo hizo nuestro compatriota. Fueron, pues, los estudios de Casal los primeros en las enfermedades por carencia, y clave fundamental de los problemas nutritivos de las avitaminosis.

Pasados los años y por sus muchos méritos, Casal fue nombrado médico de la Real Cámara y Académico de Medicina. Mucho influyó Feijoo en estos nombramientos, animándole a que se trasladase a la Corte, pues pensaba que tal vez sintiera nostalgia por Castilla, más no era así, leamos una vez más a Marañón<sup>21</sup>: «Gaspar Casal apenas vivió ocho años en Madrid antes de morir. Habitaba un piso de la madrileña calle del Olmo, elegido, segura-mente, por estar cerca del Hospital General, y porque todavía, entonces, existía en esta calle un gran olmo en medio del arroyo, que le daba su nombre y que a él le recordarían, melancólicamente, los robustos árboles asturianos.»

De haber venido a Madrid el P. Feijoo, hubiese sido Gaspar Casal el amigo que más le hubiera consolado de su *morriña*, pues el doctor también sentía nostalgia y gratitud por la *tierriña* y le comprendía.

---

<sup>20</sup> CASAL, GASPAR: *Historia natural y médica del Principado de Asturias*. Consultada edición conmemorativa, 1959. Prólogo de Marañón. (Impreso en Oviedo.)

<sup>21</sup> MARAÑÓN, G.: *La humanidad de Casal*. Sesión conmemorativa del Instituto de España. Madrid, 1960.

## **La sombra y los recuerdos madrileños de Feijoo que sobreviven.**

Personalmente, sólo dos veces de un modo cierto estuvo, y por poco tiempo, Feijoo en Madrid, mas su espíritu, como sombra aleccionadora, pervive entre los madrileños —nacidos y avecindados— si son amantes de la cultura, a través de sus obras y evocaciones que amorosamente debemos conservar.

En primer lugar, tenemos el tesoro de sus libros, propios y los que de él se han escrito, impresos en Madrid, en numerosas ediciones que superan a las publicadas en el resto de España, ya descritas.

Con motivo del XIV centenario de San Benito, se realizó en Madrid una exposición histórica de la Orden benedictina, en ella se contemplaban multitud de recuerdos feijonianos, y en la sección especial, dedicada a los monjes ilustres de la Orden, se exponían manuscritos y cartas de Feijoo que, como indicaba el catálogo, pertenecían a archivos madrileños, nacionales y privados <sup>22</sup>.

En la biblioteca de la Real Academia de la Lengua se conserva, además de una rica bibliografía feijoniana, la mascarilla del P. Feijoo, que tiene la huella indudable de la muerte por hemiplejía.

Sombra esfumada, muy evocativa, es la de contemplar el plano de Teixeira donde está trazado el monasterio de San Martín.

En la actual parroquia del mismo nombre, en la calle del Desengaño, se conservan tres cuadros de Ricci y ricos ornamentos, procedentes del antiguo monasterio de San Martín. Un magnífico cuadro de Ricci: «La Misa de San Benito», procedente también del monasterio de San Martín, puede admirarse en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando <sup>23</sup>.

De la crítica dura, aunque razonada, que hizo Feijoo sobre las incomodidades de habitar en la Corte y del mal olor en las calles por la falta de higiene, que en aquella época eran habituales, tuvo sin duda para Madrid su provecho (ya que las obras de Feijoo eran leídas por todos), y así fueron, a lo largo del siglo, edificándose fincas de recreo en los aledaños y sobre todo por las radicales medidas sanitarias urbanas que dictó Carlos III e hicieron cumplir sus regidores de un modo tan severo que llegaron a molestar a los vecinos, atribuyéndose al Monarca esta frase: «Los madrileños son como los

---

<sup>22</sup> Catálogo de la exposición histórica de la Orden Benedictina en la Biblioteca Nacional, Madrid, 1948.

<sup>23</sup> MONZÓ Y FERRARI: *La vida y la obra de Fray J. Ricci*, Madrid, 1930. En ella se hace la descripción de los cuadros que se conservan de Ricci procedentes del Monasterio de San Martín.

niños, que lloran cuando se les lava»; lo cierto es que el aire de Madrid volvió a tener la sutilidad tradicional, de fama refraneada: «El aire de Madrid es tan sutil, que mata a un hombre y no apaga un candil», aludiendo esto a que, por ser guadarrameño, era puro, fino y frío, y a él se achacaban —injustamente— las frecuentes pulmonías en la Corte.

En Madrid hay, desde finales del XIX, una calle dedicada a Feijoo, es una calle pequeña que va desde la de Bravo Murillo a la del General Alvarez de Castro. Este homenaje viario no desapareció durante la República, sin duda porque, al no darle título, sino simplemente «calle de Feijoo», desconocían que se trataba de un fraile<sup>24</sup>.

La sombra de Feijoo en Madrid, debe acogernos siempre a todos los que en él vivimos, no sólo con los recuerdos feijonianos en museos y templos, sino con la lectura de sus obras en las bibliotecas públicas, y si es posible, mejor, en el reposo de nuestro hogar; en ellas aprenderemos lo que no se enseña más que en los libros buenos, que además de ilustrar, nos educan y nos hacen pensar.

---

<sup>24</sup> PEÑASCO Y CAMBRONERO: *Las calles de Madrid*, Madrid, 1889.